LA MUESTRA ANUAL DE LA ASOCIACION DE PINTORES Y ESCULTORES

Escribe: F. GIL TOVAR

Un conjunto de honrados trabajadores de la pintura y de la escultura, en su inmensa mayoría pertenecientes a generaciones pretéritas —al menos en cuanto pintores y escultores— se agrupa en Asociación que cada año hace acto de presencia en alguna sala de Bogotá. Personalmente desconfiamos mucho de los artistas que se asocian porque, casi por definición, el carácter artístico niega los principios fundamentales que justifican el hecho de agruparse; no obstante, cada cual está en su derecho de hacerlo y nada hay que oponer, por supuesto.

Tampoco habría nada que oponer al acto anual de afirmación de fe en una pintura naturalista y académica, —aunque no constituya precisamente una muestra de vitalidad y de comprensión del arte como problema cultural— si tal acto fuera refrendado por un arte de alta calidad que nos hablase de las mejores virtudes (gran artesanía, correcto dibujo, capacidad de visualización, compenetración espirtual con la naturaleza, etc.), de la estética de otra hora. Pero esto no sucede en la muestra de la Asociación de Pintores y Escultores, que tampoco puede tenerse ya por la afirmación de una pasada actitud naturalista desde el momento en que admite alguna que otra cooperación que, por llamarle algo, podemos llamar semiabstracta.

Así, ¿qué significado puede tener esta insistencia? No le vemos ninguno, aparte de ser una reunión heterogénea de profesionales y aficionados que, cansadamente y quizás sin el menor entusiasmo, cumplen el deber social de colgar algo cada año. Que esto es así parece evidenciarse desde el momento en que pueden verse en la exposición de 1961 obras ejecutadas diez y veinte años atrás, junto a un mínimo número de las que revelan tarea reciente: podría afirmarse que no hay casi ninguna realizada en 1961; por tanto, no parece arriesgado deducir que, por lo menos, los pintores y escultores asociados trabajan poco. Lo cual quita gravedad a una acusación similar que desde otras páginas hemos hecho contra los jóvenes no asociados, sino insociables, de las nuevas promociones.

* * *

Dieciséis autores representados por sesenta y cinco trabajos han acudido este año a la anual presencia antológica, celebrada en la Biblioteca

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

"Luis-Angel Arango"; pero la sola honradez y virtudes personales de los expositores no bastan para compensar la pobreza del conjunto, entre otras razones porque nada tiene que ver una cosa con otra. La inania, aunque parezca paradójico, es lo más significativo de la muestra, ante la que el propio público "normal" pasa sin detenerse y sin ser "agarrado" ni marcado por esa huella mínima que debe dejar el arte, sea del estilo que fuere.

Entre los paisajes, numerosos, algunos de Erwin Kraus con cezanniana estructura y dominio de los elementos más expresivos en su simplicidad, puede señalarse destacadamente; y aun dentro de su escaso empeño ser lo mejor en este género, en el que se ven ejemplos correctos de Gómez Leal y de Rivera y las obras, más empeñadas, de Félix M. Otálora También el escultor José-Domingo Rodríguez echa su cuarto a espadas en el mismo terreno con unas acuarelas en las que desde el procedimiento hasta la composición pasando por la técnica, todo es malo. Otras cosas poco calificables en paisaje están firmadas por Rafael Mena y David Parra.

Pero todo ello queda sumamente mejorado cuando se pasa a ver una enloquecedora mezcla de cubismo sintético, fauvismo y tachismo que tiene el mérito de no ser significativa ni expresiva de nada a pesar de semejante concentración. Otra cosa es el expresionismo figurativo de Peñarete, que aunque superficial e impersonal, es bastante más consciente.

Volviendo a la academia naturalista y pasando a género diferente, hallamos los bodegones de Daniel Reyes que son viejos estudios elementales y discretos, siempre más discretos y más elementales que los de Montoya Valenzuela, y también mejor pintados. Otro, de Carlos Naranjo, es poca cosa con cierta gracia y bastante soltura.

Algunas figuras de León Cano, si bien antiguas, son lo más correcto en el género. Acabamos, pues, con la escultura, siempre mejor que la pintura en su conjunto, y representada por José Domingo Rodríguez y Luis F. Rivera, a quienes más les hubiera valido presentarse solo como escultores; los trabajos del primero son muy heterógeneos tanto en procedimiento como en calidad: junto a la dignidad de su "Enmonterado" o de su "Rey" reaparece —ya lo habíamos visto dos veces antes— su talla de un "Cristo" del más dudoso gusto. Las pequeñas tallas de Rivera tienen un interés que pide tratarlas en mayores volúmenes.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.